

Una molesta interrupción

Seudónimo: Gregor Samza

Astrozoro de los Cielos era un reputadísimo astrónomo. Trabajaba solo en la cima de una colina. Allí escudriñaba el firmamento. Últimamente se lo notaba muy excitado. Acababa de descubrir un planeta, de los grandes, esos que hacen historia. Cuestiones de trayectoria, órbitas e influencia en cuerpos celestes aledaños garantizaban la presencia de un coloso que no se dejaba ver. Eso estaba a punto de cambiar. Al ingresar al próximo cuadrante, donde la interferencia del cinturón de asteroides y otros cuerpos refractarios fuera nula, se presentaría a sus ojos en todo su esplendor.

Aquella noche era el momento exacto. Soñó con su nombre inscripto en la mole de piedra, los periódicos científicos ensalzándolo, entrevistas televisivas, millones de views por las redes. Sería una celebridad e inmortalizaría su carrera. Ajustó las lentes más precisas, suspiró de emoción y apuntó su telescopio hacia el destino prefijado. Algo pasó. Un insólito imprevisto. Una embarcación que no pertenecía a la Tierra avanzaba a paso firme hacia nuestro planeta, en realidad se trataba de una flota entera, pero a primeras luces, únicamente logró distinguir a la nave nodriza. Era imponente. Tomó nota de su conformación, imprimió en avanzadísimos programas de astrofísica las coordenadas del avistamiento y predijo con certeza el momento de la invasión. Antes de levantar el teléfono y emitir el alerta mundial, protocolo consabido para estos casos, aunque nunca sucedidos, decidió recabar más data.

Ciento veintiocho naves, en apariencia una suerte de aviones caza fuertemente armados, custodiaban la ciudadela errante. Supuso, antropomorfizando a los aliens, que al menos unas veintitrés mil almas (si es que algo así poseían esas criaturas) formaban parte del cortejo principal. El avanzado complejo tecnológico parecía moverse por retropropulsión negativa, activando saltos dimensionales que le permitirían atravesar parsecs en segundos. En velocidad crucero alcanzaría los nueve mil pies por segundo. Eso implicaba la generación de un campo gravitatorio propio, algo que nuestra tecnología apenas podía esbozaren la teoría. A pesar de las descomunales cifras de movimiento, los extraños tardarían más de dos días en

salirse del rango de estudio de Astrozoro, quien aguardaba expectante la aparición del mundo nuevo, que aguardaba conocer y era eclipsado por la amenaza más grande que la humanidad hubiera vivido.

Envió cifras y datos a la NASA y alianzas cósmicas de las que el vulgo no tenía ni menor idea de su existencia. Organismos paragubernamentales actuaron a espaldas de sus líderes, salvo quienes estaban al tanto de estas lides y por su modo de proceder, existían serias dudas que se trataran de sujetos de estos pagos y no infiltrados inter dimensionales.

La comunidad internacional reactivó el viejo sistema bélico intergaláctico conocido como Guerra de las Galaxias que se inauguró en las postrimerías del siglo XX. Se hizo en total sigilo y a espaldas de la opinión pública para que la masa no entrara en pánico y sobre todo, con el fin de que el acontecimiento no afectara a los mercados.

Satélites orbitales, en apariencia comunicacionales o meteorológicos apuntaron sus miras láseres hacia el espacio exterior. Naves F117, el mayor secreto militar del Proyecto Aquarius, se elevaron por millares. Pudieron escucharse sus estruendos, pero los ocasionales observadores, poco pudieron percibir, ya que una tecnología de posguerra, probablemente no humana, permitía que sus corazas se volvieran invisibles al ojo humano.

La primera batalla interestelar de nuestra historia pasó desapercibida para todos los medios. Cámaras de altísima definición captaron al detalle el combate, en un verídico blockbuster que solo unos pocos afortunados verían. Fue una encarnizada lucha, la primera beligerancia extraterrena y contra todo pronóstico, los humanos resultamos victoriosos, reduciendo a cenizas a los sorprendidos viajeros de un planeta rebautizado, en nuestra lengua, como Orlon.

Caben dudas sobre sus intenciones. Jamás se podrá saber si se trataba de una comitiva amistosa, o una verdadera legión, dispuesta a provocar masacres.

Astrozoro de los Cielos lo vio todo, bajo estricta confidencialidad, so pena de muerte y reducción ontológica cero, o sea no haber nunca existido. Colocó su bitácora del enfrentamiento bajo siete llaves, para ser estudiada por científicos y altos mandos militares.

Luego de la batahola, nuestro héroe apuntó nuevamente su telescopio. Por fin pudo verlo, allí estaba, el planeta Astrozoro en su máximo esplendor, un titán de bauxita y otros metales extraños, lucía un tenue resplandor que le recordó a las auroras boreales, aunque de tonalidad

más ocre. Pasó tres semanas casi sin dormir detallando accidentes geográficos, intuyendo complexiones, formaciones gaseosas y elementos líquidos en su superficie.

Una idea le hacía estremecer su corazón. Con suerte, y solamente si era muy afortunado, podría hallar rastros de vida en esa fascinante roca esférica. Si así fuera, en un futuro, los terrícolas podríamos navegar hacia sus fronteras, para llevar como siempre hemos hecho, un fraternal y cálido saludo, en una emocionante misión en son de paz.